

PARTE CRITICA.

POR UNA BICOCA.

—«Señor, me decía mi lego TIRABEUQUE; que un rey pierda su corona y abandone su reino por un motivo ó causa poderosa y grande, ya lo comprendo yo, pero que abdique por una bicoca, eso es lo que yo no puedo entender.»

Asi se me esplicaba el bueno de PELEGRIN al siguiente dia de haberse recibido los partes telegráficos con las noticias de la derrota del ejército piemontés en Novara, del triunfo inesperado y rápido de Radetzky, de la abdicacion de Cárlos Alberto en su hijo Victor Manuel, de la entrada de Radetzky en Turin, y de la huida del ex-rey de Cerdeña á París, cuyas dos últimas noticias se desmintieron despues. Escusado es decir que nos dejó frios y absortos el tan breve como decisivo triunfo del octogenario mariscal austriaco, cuando á otros mas entendidos en el arte de la guerra que nosotros les ha sorprendido igualmente, no ya tanto el éxito de la campaña en un mismo dia comenzada y concluida, como el atrevido y bien calculado movimiento con que supo prepararla el anciano y experimentado general. En el natural sentimiento y dolor que nos causaba ver á un rey que habia aspirado al noble título de libertador del pueblo italiano, esponiendo para ello generosamente su vida y las de los príncipes sus hijos, perder en un dia su cetro, sus

esperanzas de gloria, sus mejores soldados, y la causa que iban á defender; y en medio de la falta de noticias que entonces teníamos para conocer los incidentes y pormenores que tan lamentable infortunio habian causado, no acertábamos á penetrar cómo en tan breve tiempo se hubiese verificado la anunciada catástrofe.

—«Señor, exclamaba TIRABEQUE, bien me decia vd. el otro dia, que si la empresa de Cárlos Alberto era magnánima y generosa, acaso no tenia tanto de prudente, puesto que tenia que habérselas con las disciplinadas legiones austriacas, que tengo para mí que mas deberian llamarse disciplinantes que disciplinadas, al ver la disciplina que han dado á los pobres piamenteses; y sobre todo con ese maldito viejo Radetzky (Dios me lo perdone), que debe tener las carnes tan duras como las entrañas.

— Al contrario, PELEGRIN, debe tenerlas mas blandas de lo comun, al menos en algunas partes de su cuerpo; pues si es verdad lo que de él generalmente se cuenta, parece que con motivo de faltarle movimiento y accion en una de sus piernas se hace conducir en carruage, ó bien en litera ó silla de manos á los sitios de las batallas; donde le espera un caballo, á cuya silla van fuertemente cosidas unas botas abiertas de cuero, en las cuales encaja sus piernas, y de esta manera atado y sujeto, y como identificado con el caballo, manda y dirige los movimientos y las maniobras.

— Cualquiera cosa creeré yo, mi amo FR. GERUNDIO, del individuo ese: y no negaré yo que sea un buen general para pelear contra italianos; pero aqui en España le quisiera yo ver.

— ¡Cómo! ¡tú que has mostrado aborrecer tanto á Radetzky por sus violencias, sus tiranías, y sus despojos y saqueos, quisieras ahora verle en España!

— Señor, yo me entiendo: y digo que quisiera verle en España, porque estoy cierto y seguro que aqui, con toda su estrategia y todo su saber, no habia de tardar seis dias en desacreditarse: no sino vengan aqui Radeskis y verán lo que somos, y

cómo acabamos aquí con la fama y reputacion de todos los Radetskis del mundo: pues están muy equivocados si piensan que nosotros habiamos de hacer lo que los italianos, que porque les ganen una batalla ya se dan por perdidos, y el rey renuncia la corona, y las tropas se quedan pasmadas y sin movimiento ni accion, como dice vd. que está la pierna del general, y les falta tiempo para pedir paces, y batalla perdida campaña acabada. Aquí, mi amo, si Radetzky hubiera ganado una accion, lo cual no dudo, porque en batalla formal paréceme que entre los mil y quinientos generales de la guia no habiamos de encontrar medio Radetzky, pero lejos de darnos por muertos, al dia siguiente se habia de haber visto acosado por mil y quinientas guerrillas, que, pím-pám por aquí, pím-pám por allá, tira por la izquierda, tira por la derecha, tira por el frente, tira por la espalda, y tira por todos los costados y vientos, habian de acabar por diezmarle la gente y volverle á él loco. Y así pienso que los piemonteses han sido unos mandrias en darse por vencidos y muertos por solo haber perdido la primera batalla.

—Verdad es, PELEGRIN, que aquí tenemos un sistema particular de hacer la guerra, propio y peculiar de nuestro pais, y capaz de volver loco y de acabar con el ejército y la reputacion del general mas hábil y acreditado. Mas no podemos juzgar de los resultados de la derrota de los piemonteses en Novara hasta que conozcamos las circunstancias y pormenores que en ella pudieron ocurrir, y que obligáran á Cárlos Alberto á abdicar la corona, con todas las demas circunstancias que se anuncian.»

Así razonábamos amo y lego, cuando se recibieron las noticias de lo acaecido en el combate de Novara.—Tóma, PELEGRIN, le dije; ahí tienes la *Gaceta Piemontesa*: en ella encontrarás lo que aconteció en la famosa batalla, tan fatal para los piemonteses y para Cárlos Alberto.

Pusóse TIRABEQUE á leer, y entonces fué cuando me dijo: «Señor, por lo que aquí veo, todo ello ha sido una bicoca.

—No está mala la bicoca, le respondi; ¿con que una batalla que decide del término de una guerra, de la suerte, quizá no solo del Piamonte y de la Lombardia, sino acaso y muy probablemente de toda Italia, y que á no dudar influirá mucho en la de toda Europa; una batalla que trae tras de sí la abdicacion de un rey y su alejamiento del reino; una batalla que produce un armisticio solemne con condiciones tan pesadas y tan onerosas para los vencidos, ¿á esto llamas tú una bicoca?

—Señor, la *Gaceta Piamontesa* es la que lo dice: aqui lo tiene vd.: «La linea de batalla se estendia desde la *Bicoca*...» Y luego: «A las once de la mañana los austriacos empezaron á atacar la *Bicoca*...» Y mas abajo: «El ataque de los austriacos se hizo mas fuerte por la derecha, y las brigadas de Saboya y de Savona comenzaban á replegarse hácia la *Bicoca*: en seguida se perdió esta posicion que decidia de la suerte de la batalla, etc.» Y aqui tiene vd., mi amo, como todo ello consistió en una *bicoca*; de modo que por una bicoca ha dejado el hermano Cárlos Alberto de ser rey, y por una bicoca se ha perdido la causa de Italia.

—Tu cabeza, PELEGRIN, tu cabeza es la que no vale á ratos una bicoca. Si hubieras leído con cuidado la relacion de la *Gaceta Piamontesa*, hubieras visto que en este caso la *Bicoca* no significa una cosa fútil y de poca monta y estima como tú lo entiendes, sino que era el nombre de una posicion que consistia en algunas casas agrupadas al rededor de una iglesia; posicion que sin duda debia ser muy interesante. Cuanto mas que tambien en nuestro idioma se llamaba antiguamente *bicoca* á una especie de fortificacion pequeña y de poca defensa.

—Señor, como quiera que ello sea, una sola batalla perdida lo mirarian los españoles como una bicoca, y no por eso se darian por muertos como los italianos, que deben tener el corazon muy chiquito, cuando de tal manera un solo revés los acobarda y amilana. Y lo único que en esto me consuela, mi amo, es que el hermano Cárlos Alberto se portó con mucha bizarría, segun aqui en esta *Gaceta* se pinta.

—Y tanto, PELEGRIN, que todas las noticias están contestes en que así el rey como los príncipes sus hijos estuvieron siempre en medio del fuego, acudiendo allí donde el peligro hacía mas necesaria su presencia; que el duque de Génova, despues de haberle muerto varios caballos, dirigió á pié la accion con un valor admirable; que Cárlos Alberto vió caer muchos muertos á su lado, y que invitándole el general Durando á que se retirára y no corriera ya mas riesgos inútiles, le contestó: «General, este es mi último dia, dejadme morir.» Y últimamente viendo que todos sus esfuerzos eran infructuosos, y convencido de que la derrota era completa, prefirió dejar la corona y abandonar el pais á seguir rigiendo un reino á quien habia prometido glorias y solo le dejaba infortunios.

—A lo menos, mi amo, ha sucumbido con honor: ¿en algo se habia de conocer que era mi amigo! es decir, que yo era amigo suyo.

—¿Y sabes, PELEGRIN, quiénes fueron la principal causa de su derrota? Pues fueron los lombardos que llevaba consigo; aquellos cuyo pais iba á libertar, aquellos á quienes mas interesaba la guerra, y que mas á ella le habian instigado, aquellos fueron los que primero huyeron desbandados y aturdidos al primer disparo de fusil. Esto, unido á la desmoralizacion de una parte de su ejército y á la no mucha voluntad que llevaban de batirse, junto con la no muy oportuna distribucion de fuerzas, la harta escasa pericia de sus generales, y acaso la traicion de alguno, hizo que fueran inútiles los esfuerzos de valor que hicieron algunas de sus brigadas. Pero lo mas gracioso del caso, PELEGRIN mio, es que cuando llegó la noticia de la derrota y del armisticio á la cámara de Turin, aquellos diputados que se habian estado descansados y quietos en sus casas, mientras las balas silbaban alrededor de la cabeza de Cárlos Alberto, mientras las lanzas austriacas rompian los uniformes de sus hijos, y mientras generales, oficiales superiores, y soldados valientes sucumbian bajo el hierro y el plomo enemigo, aquellos mismos diputados que se disponian á abandonar

la ciudad de prisa y corriendo, como lo hicieron algunos, al solo amago de que pudiera llegar Radetzky, comenzaron á echar bravatas y fanfarronadas, clamando ¡traicion! y diciendo que aquel armisticio era una infamia intolerable que no se podia consentir ni aprobar, que era una cobardía y un insulto, y que sería declarado traidor el ministerio que le firmara : sin mirar que el armisticio le habia aconsejado Cárlos Alberto, á quien quisieron levantar una estatua, y celebrádole su hijo, á quien acababan de aclamar rey.

Oye lo que decia el diputado *Lanza*: «Señores, sube el rubor á la frente al leer el acto mas humillante y las condiciones mas deshonorosas que se hayan impuesto hasta hoy á la Italia, ni aun en los dias de su mas dura esclavitud. Es una infamia insoportable. Es una capitulacion vergonzosa que nos carga de cadenas. No; la cámara no aceptará ese infame armisticio sin declarar la acusacion del ministerio que se atreviera á aceptarlo.....»

—Y diga vd., mi amo, ¿qué lanzas ha roto ese señor diputado *Lanza*, que tales lanzadas da con la lengua, mientras los que firmaron el armisticio estaban sufriendo las lanzadas de los soldados austriacos? ¿Por qué no fué el señor *Lanza* y todos los *Lanzarotes* que como él hablarán á ayudar á Cárlos Alberto, lanza en ristre, á salir mejor de lo que salió del lance en que acaso esos y otros *Lanzas* le habian metido?

—Porque es mas fácil, *PELEGRIN*, dar lanzadas desde una tribuna que esponerse á recibirlas en el campo. Y esto te dará idea de lo que suele ser el patriotismo de tribuna. Y lo que decimos del diputado *Lanza* y de otros patriotas de la cámara de Turin, podemos decirlo igualmente de los republicanos fogosos de Roma y de Toscana. Ellos lanzaron de Roma al Santo Padre porque repugnaba hacer la guerra á los austriacos; y ahora que podian ellos hacer libremente esa guerra tan deseada, ahora que un respetable ejército piamontés con su rey á la cabeza habia comenzado la apetejada campaña, ¿con qué batallones, con qué escuadrones, con qué artillería, con qué víveres,

con qué dinero, con qué auxilio han socorrido los florentinos y romanos á Cárlos Alberto? ¿No le han dejado solo? ¿Han sabido distraer siquiera algunas fuerzas del enemigo? Muchos gritos de guerra en la tribuna y en los periódicos; muchos decretos para la creacion de batallones; mucha movilizacion de la guardia cívica sobre el papel; mucho armamento de masas en proclama; pero en el campo de batalla ni un cañon, ni un fusil, ni un nacional, ni un soldado.

—Señor, perro muy ladrador nunca fué muy mordedor, y paréceme que en Italia deben abundar los perros que ladran mucho y muerden poco. Y ahora dígame vd. dónde se ha dirigido el desgraciado Cárlos Alberto, si es que se sabe ó se presume.

—A París, PELEGRIN, si hemos de creer el parte telegráfico del cónsul de Marsella, y la noticia que da el *Moniteur* del 4, de haber llegado ya á aquella capital.

—Siento, mi amo, que se haya ido tan lejos, pues si hubiese venido á España hubiera tenido gusto en ofrecerle mis humildes respetos y en decirle que le acompañaba en su dolor y amargura.»

ANTE MI EL ESCRIBANO.

Menester será que veamos de ir discurriendo é inventando otros medios de comunicacion mas rápidos y breves que los que poseemos, porque en verdad nos vamos retrasando bastante. Creíamos haber dado un gran paso hácia el progreso con la invencion de los telégrafos, y nos parecía que no podia darse un vehículo que con mas velocidad trasmitiera y comunicára á los hombres las noticias y sucesos de los paises remo-

tos. Pero en este siglo de movimiento ya el telégrafo se va haciendo pesado, y es preciso buscar otro conductor de nuevas que nos las dé mas anticipadas, puesto que ya los hombres andan tan de prisa que casi van alcanzando á los telégrafos.

Et probo.

El dia 3 nos anunció la Gaceta *por parte telegráfico* la derrota del ejército piamontés en Novara, y en el mismo dia 3 estaba ya Carlos Alberto en Tolosa de España ratificando por escrito la abdicacion que verbalmente habia hecho en el sitio del desgraciado combate. Poco faltó para que hubiera llegado antes que el parte telegráfico: ¡tan de prisa suele andar un rey derrotado!

—«Ven acá, PELEGRIN, le dije á mi lego, que tengo una nueva muy importante que comunicarte. Carlos Alberto no ha ido á Paris; se engañó el cónsul de Marsella, y mintió el *Moniteur*, diario oficial de Paris, cuando anunció que habia llegado á aquella capital por el camino de hierro de Bourges; y nota de paso lo que en todas partes hay que fiar de las noticias oficiales. Carlos Alberto está en España.

—¡Cómo en España, señor! ¿Dónde? Dígamelo vd. pronto para ir á ofrecerle mis humildes respetos.

—En Tolosa de Guipúzcoa, PELEGRIN: allí se ha detenido á ratificar y confirmar, como lo ha hecho, su renuncia á la corona del reino de Cerdeña, y de todos los dominios que de él dependen, por ante el escribano D. Juan Fermin de Furundarona, cuya acta de abdicacion ha quedado archivada en el protocolo de dicho escribano, espidiéndose una copia legalizada para llevar y presentar en Turin.

—¿Pero es cierto eso, mi amo?

—¿Qué, dudas todavía de una cosa que ha pasado por ante mí el escribano público, notario de reinos? ¿Y dónde, en qué sitio dirás tú que se ha verificado el acta solemne de la abdicacion? ¡Asómbrate, PELEGRIN! En la fonda del hermano Pedro Sistiaga, allí donde nosotros nos hemos alojado tantas veces, probablemente en la misma habitacion en que nosotros nos

hemos aposentado y dormido. ¿Quién nos lo habia de decir?

—Señor, cosas suceden en este mundo que contadas parecerian fábulas, y referidas parecerian mentiras. ¿Quién habia de soñar, mi amo, que un rey á quien mirábamos hace tres dias como el libertador de Italia habia de estar hoy renunciando la corona de Cerdeña en la posada de Pedro Sistiaga ante el escribano Forindirona de Tolosa! ¡Válame Dios y lo que son las cosas humanas! Y diga vd., mi amo: ¿cómo se compondria el escribano para poder decir con verdad de Carlos Alberto aquello de: «*á quien doy fé conozco?*» Porque yo supongo que Carlos Alberto y el escribano no serian muy conocidos hasta la presente.

—Quiere decir que el notario descansaria en la fé de los testigos que acompañaban al ex-monarca, que eran el príncipe Masserano, su primer ayudante de campo, y el conde Gustavo Ponza de San Martino, su intendente general.

—¿Y cómo podia dar fé el escribano de que aquellos sujetos eran tal Príncipe y tal Conde si tampoco los conocia? ¿Y si aquel que se decia Carlos Alberto, ex-rey de Cerdeña, hubiera sido algun capitán de bandoleros escapado de la cárcel, y los otros dos algun par de satélites que hubieran venido á ayudar á hacer la farsa? Quiera Dios, mi amo, quiera Dios que allá en Turin no pongan algun reparo.....

—Pondríanle si fueran tan exigentes y tan suspicaces y maliciosos como tú, porque alli tambien podrian decir que no conocian al escribano Furundarona, ni les constaba si era tal notario público de reinos. Pero una vez que por otros antecedentes de la marcha del ilustre viagero se sabe y consta que el personaje que abdicó en Tolosa es el mismo Carlos Alberto, ex-rey de Cerdeña, y no otro, ya se ha cumplido tu deseo de tenerle en España y poder ofrecerle tus humildes respetos.

—Señor, siendo asi, y si vd. no me niega su permiso, hoy mismo voy á sacar el pasaporte para Tolosa, y ofreceré á Carlos Alberto mis humildes respetos, y le preguntaré si viene satisfecho de las conferencias de Bruselas, y de la mediacion

anglo-francesa, y de paso diré tambien al escribano que procure no olvidar la fórmula de las abdicaciones, y aun desde ahora aconsejo á los escribanos que la ignoren, que vean de ir la aprendiendo, pues atendido el trasiego y el menéo de reyes que anda por el mundo, témome que no ha de ser la postrera abdicacion de que tengan que dar fé y testimonio.»

Disponíase THABEQUE á sacar su pasaporte para Tolosa, cuando se recibió la noticia de que Cárlos Alberto habia llegado á Vitoria, y que continuaba su viage por Burgos y Valladolid para dirigirse á Portugal. Con este motivo le aconsejé que si habia de ofrecer sus humildes respetos al ex-monarca sardo se encaminase derecho á Burgos, donde podrian encontrarse.

Salió mi lego á buscar su pasaporte para Burgos, y cuando me avisó que le hacia falta mi firma para servirle de fiador: «ya no irás á Burgos, PELEGRIN, le dije, sino recto á Valladolid, pues segun noticias que acaban de recibirse de Cárlos Alberto, llegó ya á Burgos, y despues de una escasa media hora de detencion prosiguió su viage á Valladolid.

—Señor, ¿si será cosa que encontraré yo donde ofrecer mis humildes respetos á un monarca tan andarin? Pero una vez que es igual sacar pasaporte para una ciudad que para otra, le sacaré para Valladolid, y punto concluido. ¿Y qué cuentan de él, mi amo? ¿qué dice por donde pasa?

—Nada de particular, sino que va muy desmejorado y con señales de gran abatimiento y pesar. Sin embargo, en Burgos dicen que preguntó por la salud de nuestra Reina y por la del hermano Narvaez.

—¿Y no preguntó por el primer Conde de San Luis, fundador del Teatro Español?

—Yo al menos no tengo noticia de ello.

—Pues señor, siento que una persona como Cárlos Alberto incurriera en semejante renuncio. Y en cuanto á preguntar por la salud del hermano Narvaez, no alcanzo tampoco la razon de manifestar ese interés hácia quien tan pocas simpatías le ha

mostrado. ¡Y acaso, acaso no habrá preguntado por mí! Señor, los reyes suelen ser ingratos hasta despues de caidos. Pero, en fin, esto no embarga para que yo vaya á ofrecerle mis humildes respetos. Y asi voy ahora mismo á sacar mi pasaporte para Valladolid.»

Volvió á salir TIRABEQUE, y al cabo de largo rato regresó diciendo: «Señor, se habia pasado la hora, y ya no estaba allí el encargado de los pasaportes: me han dicho que vuelva mañana temprano.» Preparábase mi lego al otro dia para ir á buscar su pasaporte, pero hube de decirle: «mira, PELEGRIN, di que no te le pongan ya para Valladolid, sino para Zamora; pues hay noticia de haber llegado Cárlos Alberto á Valladolid, y que inmediatamente saldrá en direccion de Portugal. Con que el punto donde debes encaminarte para ofrecerle tus humildes respetos es Zamora.

—Está bien, señor, y me alegro que me lo haya vd. avisado con tiempo.»

Fué PELEGRIN á ponerse el sombrero, y cuando entró á despedirse le dije : «no pidas el pasaporte para Zamora, pues acabo de leer en otra correspondencia que ya no va por allí sino por la Coruña: con que mejor será que te lo pongan para Leon, donde de seguro podrás encontrar al ex-monarca viajante, y allí le ofrecerás tus humildes respetos.»

Otra vez volvió TIRABEQUE á salir, y entonces su negocio cambió de aspecto. «Señor, me dijo á la vuelta, vengo echando chispas; ahora me dicen en la policia que no me dan pasaporte mientras vd. no se presente en persona á responder de mí y del objeto de mi viage, porque dicen que se les ha hecho sospechoso el que en dos dias le haya pedido para tan diferentes puntos: en vano fué esponerles que yo no llevaba mas fin que ofrecer mis humildes respetos al ex-rey de Cerdeña Cárlos Alberto mi amigo, y que yo no tenia la culpa de que el ex-monarca corriera mas que un galgo; á lo cual me contestaron que esto mismo me hacia mas sospechoso. Con que ahora, señor, vea vd. lo que deberé hacer, porque yo quiero á toda costa

ofrecer mis humildes respetos al desgraciado Cárlos Alberto.

—No lo sientas gran cosa, PELEGRIN, porque acabo de recibir carta de Leon, en que me anuncian que llegó allí el prófugo monarca, y que despues de haber confesado y comulgado en la iglesia de San Salvador del Nido, que tú conoces, y donde mas de una vez me has ayudado á misa, ha continuado su viaje para la Coruña. Con que ya no podrias alcanzarle probablemente hasta el mismo Portugal, y no creo que tú querrias ni yo te permitiria tampoco ir hasta un pais estraño ó hasta el cabo de Finisterre á ofrecerle tus humildes respetos.

—Pues señor, si es asi, cepos quedos, que él se lo pierde, y bien se está San Pedro en Roma, aunque no sé yo si San Pedro se encontrará ahora bien entre aquellos nuevos republicanos, y todavía no estrañaré yo que veamos tambien á San Pedro peregrinar por España. ¿Pero no le maravilla á vd., mi amo, ese modo de correr y no parar del hermano Cárlos Alberto, que no parece sino que viene amenazándole todavía la espada de Radetzky? ¡Válgame el señor San Blas y cómo corren los reyes fugitivos!

—Y esto es tanto mas de estrañar, PELEGRIN, cuanto que recae en quien ha dado pruebas de valor y de serenidad en la guerra, y en quien antes de ser rey comenzó su carrera militar como primer granadero voluntario al servicio del famoso Duque de Angulema, cuando vino con los cien mil nietos de San Luis á quitar la libertad en España, y en quien dió muestras de arrojo en la célebre toma del Trocadero.

—¿Y quién fué ese, mi amo?

—Ese mismo Cárlos Alberto, ex-rey de Cerdeña, á quien tú tenias tanto empeño en ir á ofrecer tus humildes respetos donde quiera que le alcanzáras.

—¿Y por qué no me lo ha dicho vd. antes, señor? Ya no le ofreceria yo mis humildes respetos aunque le tropezára de manos á boca en la calle. Y ahora veo yo, mi amo, ahora veo yo lo que es la Divina Providencia, que hace y dispone, como dije en otra ocasion, que el que la hace la pague tarde ó tempra-

no. Señor, la Divina Providencia es la que debe haber dispuesto que el que vino á quitar la libertad á España cuando era primer granadero, haya venido despues de rey á esta misma España á abdicar su corona ante un escribano de Tolosa, y que haya tenido que atravesar todo el reino mustio y afligido y sin encontrar reposo ni descanso en parte alguna, como aquél que huye de su misma sombra. La providencia de Dios es muy sábia, mi amo, y suele compaginar las cosas de modo, que allí donde se cometió el delito venga á pagarse la pena. Y aun si en la confesion que en Leon ha hecho se hubiera arrepentido de aquello del Trocadero, aun todavía le ofrecería yo mis gerundianos respetos.

—Y acaso se habrá arrepentido tambien, PELEGRIN, de los auxilios que prestó á don Cárlos durante la guerra civil de nuestra Península, y antes que se decidiera á hacerse rey constitucional.

—¿Eso mas tenemos, mi amo? Pues entonces bien empleado le está lo que le pasa, señor, y que no cuente ya en manera alguna con mis humildes respetos.

—Bien, pero en cambio desde que adoptó los principios liberales y los aplicó al gobierno de su estado, ha sido el príncipe que en Italia se ha conducido con mas consecuencia, con mas valor y con mas hidalguía, y mil veces hemos tenido ocasion de elogiar su conducta: y por último, PELEGRIN, es un monarca desgraciado, y en este concepto no solo merece tus humildes respetos, sino tambien los míos.

—Señor, todo lo conozco, y así en cuanto á la última parte de su vida le ofrezco con mucho gusto mis humildes respetos; pero en cuanto á la otra parte que vd. me ha contado, que no cuente con los humildes respetos de PELEGRIN TIRABEQUE, y no digo mas aunque pudiera. ¡Oh Providencia Divina, y por qué caminos tan raros traes á los hombres desde la toma del Trocadero hasta el escribano de Tolosa!

ENTRE SI Y ENTRE NO.

Y ENTRE QUE SE YO.

¡Oh inestabilidad de las cosas humanas! *Francfort 28 de marzo.* La proposicion del diputado Welker, que tenia por objeto conferir al rey de Prusia la corona hereditaria de Alemania, ha sido *desaprobada* en la asamblea por una mayoría de 30 votos.—*Francfort 29 de marzo.* La asamblea ha acordado por una mayoría de 42 votos conferir al rey de Prusia la corona imperial de Alemania.

Y ambas noticias eran ciertas. ¡Oh inestabilidad de las cosas humanas! Y allá va otra.

Berlin 1.º de abril. El rey Federico Guillermo está resuelto á no aceptar la corona del imperio alemán que le ha ofrecido la asamblea de Francfort.—*Berlin 2 de abril.* El rey está dispuesto á admitir la dignidad de emperador hereditario de Alemania con que acaba de honrarle la asamblea de Francfort.

Y ambas noticias eran ciertas tambien. ¡Oh inestabilidad de los humanos corazones!

Pero al fin, bendito sea Dios, alabado sea Dios, ensalzado sea Dios, glorificado sea Dios, la asamblea de Francfort encontró á quien dar la corona imperial de Alemania; y se tocaron las campanas á vuelo: y se nombró una comision para que pasára á Berlin á ofrecer á Federico Guillermo la susodicha corona en nombre de la asamblea; y llegó la comision, y dijo su atento recado al hermano Federico, y contestó el hermano Federico: «*Señores, el mensage que me traeis ilumina la inteligencia y fortifica el corazon.*» Lo

cual han interpretado algunos como si quisiera decir: «esto de verse un hombre con un par de coronas, limpia, fija y da esplendor, corrobora, cicatriza, fortifica y conforta.» Y alegróse la comision tomándolo por una aceptacion ámplia y absoluta. Pero luego añadió Federico Guillermo: «Sin embargo, yo no responderia al verdadero deseo del pueblo alemán, *si adoptára sin el libre concurso de las coronas y ciudades libres de Alemania* una resolucion que debe tener consecuencias decisivas para los pueblos que gobiernan.» Y entonces dudó la comision si aquello era aceptar ó era no aceptar. Y añadió el hermano Federico: «Para esto *los gobiernos de los estados alemanes deben examinar en comun* si la Constitucion es tan ventajosa para los individuos como para la asamblea, y si los derechos que se me confieren me pondrian en estado de dirigir con la firmeza que de mí exige semejante comision los destinos de la gran patria alemana, y de llenar las esperanzas de sus pueblos.» Y dudó la comision si aquello era aceptar, ó no era aceptar. Y decian unos que era aceptar, y decian otros que era no aceptar, y dijeron otros que era aceptar con condicion, y dijeron otros que era condicion para no aceptar.

Y dijo FR. GERUNDIO: ¿qué tiene eso que discurrir? Indudablemente ha aceptado, pero es muy posible que no acepte. Porque las condiciones podrán cumplirse, pero podrán no cumplirse. De consiguiente, ya se puede decir que la Alemania tiene emperador; pero no aseguraré yo que la Alemania tenga ya emperador. Por lo cual pueden vds. volverse tranquilos y satisfechos de haber realizado la union alemana, y de que acaso principie ahora la desunion alemana.»

Efectivamente, el rey de Prusia me recuerda, á mí FR. GERUNDIO, un cierto enfermo, á quien en cierta ocasion fué á visitar cierto médico, á quien conocí por ciertas relaciones que entre los dos habia. Llegóse este cierto doctor á la alcoba de aquel cierto enfermo, y le preguntó:—Vamos, ¿qué siente vd.? ¿siente vd. dolor en alguna parte?—Le diré á vd., contestó el

enfermo, siento..... y no siento. — ¿Le duele á vd. acaso la cabeza?—La cabeza, dijo el enfermo, me duele.... y no me duele.—¿Ha tenido vd. calosfrios?—Los he tenido.... y casi puedo decir que no los he tenido.—¿Ha hecho vd. algun esceso acaso?—Le diré á vd.: en parte le he hecho..... y en parte no le he hecho.—¿O tiene vd. alguna otra causa á qué atribuir su indisposicion?—No sé qué le diga á vd., porque tengo.... y no tengo.—Pues mire vd., le replicó el doctor: toma vd. unos pediluvios.... ó no los toma, y se sangra vd..... ó no se sangra; y se purga.... ó no se purga; y mañana se levanta vd.... ó se está en la cama, y me deja vd. en paz, y escusa vd. de volver á llamarme.... ó me llama vd. si gusta, pero esté vd. seguro de que no vendré, y quede vd. con Dios.... ó no quede, que yo me retiro, y laus Deo.

El rey de Prusia, á fuerza de querer ser prudente, anda buscando que la Alemania haga con él lo que el médico mi amigo hizo con su enfermo. Bien que la Asamblea de Francfort ha estado haciendo lo mismo con el rey de Prusia, y tal para cual.

LAS LLAVES DEL CIELO.

Los republicanos de Roma, despues de haber reducido á moneda la plata del Vaticano y del Quirinal y convertido las campanas de las iglesias en cañones, todo para la guerra que no hacen, parece que estos dias pasados han andado haciendo inventario de las alhajas de los templos, con cuyo motivo les han sucedido algunas anécdotas curiosas. Los inventarios de la iglesia de Santa María, de la de los Santos Apóstoles y otras varias, los hicieron sin novedad ni oposicion. Mas al llegar el

comisionado á San Juan de Letran encontró enarbolada la bandera francesa.—¿Quién ha enarbolado esta bandera? preguntó.—Un canónigo lo ha mandado.—¿Y quién es ese canónigo atrevido.....?—Ciudadano, respete vd. las órdenes de los canónigos de San Juan de Letran.—¿Y qué significan ahora en Roma los canónigos? En nombre de la república decidme el nombre de ese canónigo reaccionario para que caiga sobre él...—Si ese canónigo cayera sobre vosotros, os aniquilaría.—¡Cómo!—Chiton, ciudadano comisionado: ¿Quereis saber el nombre de ese canónigo? Pues bien, ese canónigo es Luis Napoleon Bonaparte, Presidente de la República francesa.»

El ciudadano comisionado se encogió de hombros, hizo una profunda reverencia, y se retiró silencioso sin hacer el inventario.

En efecto, los reyes de Francia eran canónigos de San Juan de Letran, y el cabildo ha reservado su silla al Presidente de la República francesa. Esta circunstancia salvó á la iglesia Lateranense del inventario republicano.

Pero mas pesado fué lo que le sucedió al mismo comisionado en la basílica de San Pedro. Llevaba ya inventariadas varias alhajas, sin que ningun santo se le opusiera. Mas al acercarse á San Pedro con objeto de reconocer si las llaves eran de oro ó de plata ó de algun otro metal, cuentan que levantó San Pedro el brazo, y sacudiéndole con las llaves en la cabeza, le dijo con voz sonora y clara: «Tóma; las llaves del cielo no son para vosotros.» Y luego añadió en latin: «*Heu! procul este, profani!* Huid de aqui, profanos!»

Aturdiéronse todos, y diéronse prisa á salir, principalmente el comisionado del gobierno, que aseguran sacó la cabeza regularmente abollada.

Esta anécdota anda muy válida por Roma, especialmente entre la gente devota, que con ese motivo dicen que las llaves del cielo no se han hecho para los republicanos que despojan los templos de sus alhajas sagradas. Yo no sé si será cierto, y si el gobierno de la república romana proseguirá en su sistema

de inventariar hasta las llaves del cielo contra la voluntad enérgica de San Pedro, y á riesgo de que en venganza les cierre la puerta de aquel local.

NOSOTROS EN EL PODER.

—«Buena nueva, PELEGRIN. Ya pareció aquello que todos andábamos buscando, y que desconfiábamos de encontrar. Ya se ha descubierto el remedio para todos nuestros males, y ya se ha hallado el secreto de *salvar á nuestra patria del naufragio de las revoluciones, y de elevarla al nivel y grandeza de los pueblos mas civilizados de Europa*, como dicen los afortunados mortales que poseian tan importante secreto.

—A ver, á ver, mi amo, espíquese vd., que eso es cosa que merece la pena.

—Por eso, TIRABEQUE amigo, no debe desconfiarse nunca de la Providencia aun cuando nos parezcan irremediables nuestros males, porque donde menos se piensa y cuando menos se piensa, entonces y alli es cuando se aparece y descubre un ser privilegiado que poseia el elixir de su curacion, y lo administra y aplica con prontitud y oportunidad. Ello es que hoy debemos cantar el *Laudate Dominum* en honra y gloria de haberse encontrado el medio de hacer feliz la España.

—Mire vd., mi amo, que este ramo de los secretistas anda bastante desacreditadillo, y no tengamos acá algun otro don Aniceto Vergara. (1)

(1) Célebre murciano, que anduvo poco há por esta córte trabajando por hacer adoptar un secreto que tenia para hacer la felicidad de España, y viendo que aqui era tenido por loco se vengó en volver á su país y publicar unos folletos con el título de «*La felicidad de España*», y la hizo por escrito, ya que no encontró quien le ayudára á hacerla de otro modo.

—No, PELEGRIN, esto es cosa mas formal; es cosa de hombres de ciencia, segun modestamente confiesan ellos mismos. «*Hombres de discusion y de ciencia*, dicen, á la discusion y á la ciencia apelamos.» Y lo que estraño yo es que hayan tenido la santa calma de guardarse tanto tiempo su secreto sin revelárnosle hasta ahora, pudiendo habernos hecho felices mucho tiempo ha, en lo cual han estado muy poco humanos y generosos.

—¿Y cuántos son ellos, mi amo?

—Cuatro no mas, PELEGRIN.

—Señor, pocos me parecen para hacer la felicidad de España, si la han de hacer ellos solos.

—En primer lugar, PELEGRIN, que ellos solos bastan, y en segundo lugar, que ellos son como los cuatro evangelistas que escriben y predicán su código de doctrinas, al cual podrán adherirse otros cuatro, y despues otros cuatro, y asi sucesivamente, y acaso podrán convertir á muchos á un tiempo, y quién sabe si acabaremos por adherirnos todos, y entonces el negocio estaba hecho.

—¿Pero quiénes son esos cuatro evangelistas, y cuál es su secreto para hacer la felicidad de España?

—Mira, PELEGRIN, esos cuatro evangelistas son cuatro diputados que constituyen la *minoría de la minoría* del Congreso, los cuales se erigen á sí mismos en gefes y apóstoles de un partido democrático que quieren que haya en España para salvarla del naufragio de las revoluciones y elevarla al nivel y grandeza de los pueblos mas civilizados de Europa, y en una palabra, para hacerla feliz. El secreto consiste en una declaracion de los derechos del hombre, y en una esposicion de principios políticos, administrativos y económicos, todo en sentido muy democrático, con eso de sufragio universal, libertad de imprenta ilimitada, sin depósito, fianza, ni trabas de ningún género, y todas las demas zaranjadas que forman la cartilla democrática. Y ademas un *programa práctico de gobierno*.

—Y diga vd., mi amo: ¿qué premio piden esos cuatro

evangelistas por hacer la felicidad de España? Que no se quedarán ellos cortos, y harán bien, y cualquier cosa se les podrá dar de buena gana.

—Al contrario, PELEGRIN, es la gente mas generosa y mas desprendida del mundo. Aqui tienes lo que ellos dicen: «*No pedimos ni queremos otra cosa que la libre facultad, á todos concedida, de defender su causa ante el inapelable tribunal de la opinion pública.*»

—Tiene vd. razon, mi amo, que cosa mas barata no se puede dar, y á ojos cerrados se les debe conceder lo que piden. Y ahora espíqueme vd. en qué está ese secreto, si es cosa que puedo yo comprender, que no me maravillará el que no lo entendamos los legos, siendo ellos, como son, *hombres de ciencia.*

—Larga tenia que ser la explicacion, PELEGRIN, y asi mejor será que lo leas tú mismo como en ese periódico se contiene.»

Y Fué TIRABEQUE leyendo el manifiesto, exposicion ó programa de los cuatro evangelistas demócratas, y al cabo de un rato me dijo: «Señor, ya sabe vd. que yo entiendo poco de esto de principios, pero ó yo soy demasiado lego, ó aqui encuentro entre varias cosas que me parecen muy buenas, otras que me parecen muy malas, y otras que se me antojan disparates de gran peso y balumbo; y buenas y malas, malas y medianas, todas las he visto quinientas veces escritas en otras quinientas partes; y si este es el gran secreto de los cuatro ciudadanos evangelistas para hacer la felicidad de España, no diera yo un mai por la tal felicidad, y han hecho bien ellos en tasarla tan barata.

—Vé ahí lo que tiene el no entenderlo, PELEGRIN; y sigue, y lee otro poco, y verás su *programa práctico de gobierno*, que como cosa práctica quizá la entenderás mejor. Lee desde donde dice: «*Partiendo de estos principios.....*»

Leyó TIRABEQUE, y dando una palmada en la mesa como quien hace un gran descubrimiento, exclamó: «Señor, vd. me ha engañado, y perdone que se lo diga.

—¡Yo! ¿y en qué?

—Si señor, vd. me ha engañado. Vd. me ha dicho que estos tales evangelistas no pedían ni querían otro premio por su secreto para hacer la felicidad de España que la libre facultad de defender su causa ante la opinion pública, y esto me parecía á mí muy barato.

—Y es lo que ellos mismos dicen aquí arriba, miralo.

—Pues mire vd. lo que dicen aquí abajo: «*Partiendo de estos principios fundamentales de nuestra vida política y social, NOSOTROS EN EL PODER.....* haríamos y aconteceríamos.» Señor, los que ahí arriba no querían ni pedían mas que *la libre facultad, etc.*, aquí abajo piden y quieren *el poder, etc.* ¡CON QUE NOSOTROS EN EL PODER! Aquí, aquí está el verdadero secreto, mi amo; aquí está la felicidad de España! ¡Y me gusta la modestia, señor! ¡que no han de hacer nada los hombres sin.....

—Pero tú te equivocas, PELEGRIN: no es que quieran ni pidan el poder, sino que suponiendo que ellos estuvieran en el poder, dicen lo que harían. Cuanto mas que de todos modos saldriamos gananciosos, porque de cuatro ministros que serían (y no deben necesitar mas, puesto que no cuentan con otros), hasta ocho que tenemos hoy, siempre ahorrábamos la mitad, que no era chica economía.

—Desengáñese vd., mi amo, que tengo para mí que el *busilis* de todos esos programas y secretos ha de estar encerrado en estas tres palabrillas: NOSOTROS EN EL PODER. Los evangelistas, mi amo FR. GERUNDIO, no se acordaban del poder, sino de predicar. ¿Y con qué motivo ni con qué autoridad se presentan esos cuatro evangelistas....?

—Escucha, PELEGRIN, no te acalores. Menester es que distingamos. Yo creo que los cuatro autores de ese programa, al concebirlo y publicarlo lo habrán hecho llevados de una buena intencion: alguno de ellos es amigo mio, y no debo dudar de su buen deseo; aparte de aquello de NOSOTROS EN EL PODER, que son flaquezas humanas de que nadie está libre.

—Señor, yo lo estoy.

—Bien, tú lo estás y yo también, y otros lo estarán, pero esto no obsta para que sea una flaqueza general. En cuanto al programa en sí, hay en él cosas muy buenas, y que desearían y aceptarían todos los partidos, factibles unas, pero ó de peligrosa ó de casi imposible realización otras; y hay también otras que tengo por absurdos en su aplicación á cualquier país, y mucho más á España; y el todo forma un conjunto á que ningún diputado progresista ha querido adherirse, quedándose solos esos cuatro, lo cual te dará bastante idea de la poca aceptación que ha merecido el programa á los hombres pensadores del partido liberal.

—Señor, ¿y cómo se llaman esos cuatro evangelistas que solos y desamparados tienen la arrogancia de salir diciendo: «hé, aquí estamos los cuatro únicos capaces y abonados para hacer la felicidad de la nación?»

—Ahí los tienes; son los ciudadanos Aguilar, Avecilla, Rivero y Puig.

—Muy señores míos; no tenía el honor de conocerlos más que para servirles. Señor, Dios les dé lo que más falta les haga; aunque según son de modestos y desprendidos, pienso que se contentarían con aquello de: **NOSOTROS EN EL PODER.**

CARTA DE VICTOR MANUEL A SU PADRE.

¡Vea vd. qué casualidad y qué lástima! Después de no haber tenido TIRABEQUE ocasión ni lugar de ofrecer sus humildes respetos al ex-rey Carlos Alberto á causa de la prisa que este llevaba, me encuentro yo FR. GERUNDIO con una carta de su hijo el nuevo rey de Cerdeña, en que me dice lo siguiente:

«Rmo. P. FR. GERUNDIO: noticioso de que mi agosto y

amado padre se ha dirigido á España, é ignorando su paradero, que vos mejor que yo podreis saber; atendidas las consideraciones que mi buen padre os ha merecido, y las simpatias que por nuestra causa habeis manifestado, me atrevo á esperar de vos hareis por que llegue á sus manos la adjunta lo mas brevemente posible, y donde quiera que se halle. Dispensadme esta confianza, y ved en qué podrá complaceros.—*Victor Manuel, rey de Cerdeña.*»

La carta á su padre decia asi.

«Mi caro y amado padre: deseo con ansia tener noticias de vd., no solo por saber de su salud, que celebraré sea completa, sino porque me conviene mucho que me diga vd. el punto donde piense fijarse por algun tiempo, pues no será extraño que tenga el gusto de dar á vd. pronto un abrazo si esto no toma pronto otro aspecto, y que quien nos juntó en los campos de Novara nos junte otra vez en el sitio que vd. haya elegido para su descanso. ¡Ay, padre mio querido! No sabe vd. bien la herencia que me dejó con su corona del Piamonte en estas circunstancias! Llevo ocho dias de reinado, y ya me tiene esta gente aburrido. Ni la cámara de Turin, ni Génova, ni Alejandría, ni Casale, ni otras varias poblaciones han querido reconocer el armisticio que nosotros en aquellos momentos de apuro nos felicitábamos de haber podido celebrar. Le calificaron de humillante, de infame, de degradante, de ignominioso, de inadmisibile: ¿y quiénes? los que ni siquiera han percibido el olor de la pólvora austriaca! En fin, espero lograr de Radetzky que acceda á modificar algunas de sus condiciones; he disuelto la cámara; pero Génova se me ha insurreccionado, ha batido á la tropa, y se ha declarado independiente: Brofferio está á la cabeza del movimiento; hasta los curas han salido como locos á las calles con el Cristo en una mano y el fusil en la otra: en fin, allá he mandado tropas, y no sé lo que resultará. Temo por Génova, temo por Turin, temo por todo. ¡Dichoso vd., padre mio, que ha sabido quitarse de ruidos! Milagro será que vd. por haber querido la guerra, y yo por no quererla, no

llevemos ambos el mismo camino. He mandado á Gioberti á París á ver si los republicanos de allá nos ayudan á sujetar á los republicanos de acá, y si la república hace algo por sostener la monarquía, porque con esta gente no se puede; por lo visto solo pueden con ella los austriacos. Ahora siento que quitáramos de la cabeza á Radetzky el venir á Turin; puede que nos hubiera hecho un bien. En fin, mi querido padre, sirvase vd. decirme pronto dónde se halla, pues si Dios no mejora sus horas me parece que no he de tardar en ir á buscar á vd., porque ¿dónde puede estar mejor un hijo que al lado de un padre que ama? Dios conceda á vd. mas tranquilidad sin corona que la que disfruta con corona su muy amante hijo.—*Victor Manuel.*»

ESTE LIRIO SE MARCHITÓ.

—Incertos y dudosos, y aun cavilosos é inquietos (como escamados ya de la problemática veracidad de los partes telegráficos), nos tuvo el gobierno á TIRABEQUE y á mí desde el 8, en que nos anunció la captura de Montemolin, con referencia al parte telegráfico del cónsul de Perpiñan, hasta el 13 en que nos la ratificó y confirmó con sus pelos y señales.

—Ya no cabe duda, PELEGRIN, le dije, en que Montemolin ha sido preso por las autoridades francesas cerca de Perpiñan al tiempo que iba ya á pisar el territorio español, bajo el nombre de el Subteniente Lirio.

—Así es la verdad, señor, ya lo he leído; y ese lirio déle vd. por marchitado. Y ahora falta saber qué hará la azucena de Cabrera cuando sepa el percance del lirio; y con esto y con haber sido hecho prisionero el jazmin de Marsal, mal se presenta este año la primavera para el jardin montemolinista.

—Pero qué coincidencia, PELEGRIN, y qué contraste! Al

mismo tiempo que penetraba en España un rey extranjero á renunciar una corona que llevaba hacia 18 años, intentaba penetrar en España un príncipe español en busca de una corona que anda solicitando hace años tambien. El abdicante entró, renunció, marchó, corrió, voló, atravesó la España, y todo el mundo se apresuraba á ofrecérsele y obsequiarle. El pretendiente quiso entrar, supiéronlo, buscáronle, atrapáronle, y zampáronle en la cárcel pública de Perpiñan. Asi es que, segun á mí de aquella ciudad me escriben, en el corto tiempo que estuvo Montemolin en la cárcel antes de ser trasladado á la ciudadela, al verse en aquella situacion prorumpió en el monólogo siguiente:

«¡Oh, mundo, mundo! ¡cuánto hay en tí, y cuán mal repartido! ¡Oh desdichada suerte mia! ¡Yo veo á un emperador Fernando de Austria renunciar nada menos que una corona imperial en su hermano! ¡Yo veo á este hermano renunciar á su vez esta misma corona en el acto, y traspasársela entera y sin estrenar á su hijo! ¡Yo veo á un Carlos Alberto de Cerdeña abdicar igualmente su real corona, y colocarla en las sienes de su hijo mayor! ¡Yo veo á un Federico Guillermo de Prusia hacer ascos á otra corona imperial que le ofrecen sobre la que ya tenia en su cabeza! ¡Señor! ¡cómo es esto! Los unos renuncian espontáneamente sus coronas; á otros se las dais á pares y no las quieren, ó por lo menos las escrupulizan; ¡y á mí, que tanto tiempo hace ando en pretensiones de una corona, no me dais una siquiera!! ¡Y en vez del trono que venia á buscar me dais una cárcel! ¡Señor! ¿por qué á unos tanto, y á otros tan poco? ¿Por qué una de esas que andan de sobra no habia de ser para mí? ¿Por qué tanto y tan mal repartido? Yo aceptaria cualquiera de ellas, y si para merecerla es necesario que abdique la corona de España..... la abdicaré, Señor!»

Y acaso este soliloquio, PELEGRIN, fué el que descubrió á las autoridades francesas que el sugeto que tenian preso bajo el nombre del Subteniente Lirio era nada menos que el

conde de Montemolin, pretendiente á la corona de España.

—Todo puede ser, señor, porque es muy natural que el hombre cuando está preso hable consigo mismo y se lamente de su situacion en voz alta: aunque, segun dicen, no deberá haber sido necesario que el conde de Montemolin se descubriera por ese ú otro cualquier medio, sino que ya el cónsul español sabía de antemano que tenia que venir, y habíaselo avisado á las autoridades francesas. Y esto y las demas señas y pormenores que dan de su prision, me induce á mí á creer, señor mi amo, que Montemolin no ha sido preso.

—¡Pues con esas podíamos salir ahora! Ahora que sabemos los nombres de los tres coroneles que le acompañaban, que eran Algarra, Gonzalez y Jimenez; que se hallaron en poder de Montemolin 5,000 francos en oro, y que de ellos ofrecia 2,000 á los aduaneros por su libertad; que el secretario de la prefectura le reconoció, recordando haberle visto en la academia de derecho de Bourges; que en vista de esto el mismo Montemolin confesó quien era, y que en consecuencia de esta declaracion dispuso el prefecto que fuese trasladado á la ciudadela en un coche, quedando sus tres compañeros en la cárcel hasta que el gobierno francés resolviera lo que se habia de hacer con ellos; ahora que tenemos estas y otras noticias y pormenores sales tú con que crees que Montemolin no ha sido preso. Estraño modo de discurrir el tuyo por vida mia!

—Señor, precisa y cabalmente esas mismas señas y pormenores son las que me inclinan á mí á sospechar que Montemolin no ha sido preso.

—¡Que siempre has de ser tú original y raro, PELEGRIN! Pues mira, si eso no te basta, lee la *Esperanza*, que debe saberlo de buena tinta, y lo verás confirmado; echa una mirada á la Bolsa, y vé cómo va subiendo la cotizacion del papel como la espuma; lee el *Moring-Post* de Lóndres, y el *Internacional* de Bayona, y en uno y en otro hallarás que Montemolin se habia visto precisado á salir de Lóndres, apremiado por las instancias de Cabrera, que le ponía en la disyuntiva, ó de venir él á

animar con su presencia la guerra de Cataluña, ó de retirarse Cabrera y los suyos de una lucha larga, trabajosa, y sin esperanzas de resultados.

—Todo es cierto, señor, y todo junto hace que se me haya puesto á mí en el caletre que Montemolin no ha sido preso.

—Amigo, de esa manera no hay poder humano que baste á convencer á los hombres, y siento decirte que estás en el caso de aquellos de quienes dicen los filósofos: *prima principia negantes, fustibus sunt arguendi*: los que niegan los primeros principios deben ser arguidos á estacazos: y con razon, porque para estos tales ya no queda otro medio de convencimiento.

—Señor, no niego yo que el subteniente Lirio fuese Montemolin, ni que este Montemolin Lirio se haya hallado primeramente en la cárcel de Perpiñan, y que ahora se halle en la ciudadela, y que fuera cogido al pasar la frontera de España, ni todo lo demas que de él se dice y asegura. Lo que únicamente digo es que tengo yo mis barruntos de que no ha de haber sido preso.

—Confíesote, PELEGRIN, que no entiendo tú lógica ni tus distinciones.

—Señor, no llamo yo ser preso un hombre, cuando este hombre se entrega él de por sí y espontáneamente á la prision; y antójaseme, mi amo, que esto es lo que ha hecho Montemolin.

—¡Cómo! entregarse él voluntariamente!

—Si señor, y paréceme que es la única ocasion en que Montemolin ha obrado con mucho talento. Y muévenme á pensar asi, mi amo, todas las circunstancias y pormenores de su viage: porque él diria: «pues señor, Cabrera y los míos me llaman, porque dicen que aquello está de mal talante, y que hago falta para reanimar la guerra, que sin mí lleva trazas de acabar pronto y mal para nosotros. Con que no hay remedio sino ir, porque seria una mengua dar á entender por mas tiempo que huyo de tomar parte en una guerra que se está haciendo por mí. Pues señor, voy; es decir, haré que voy,

pero no iré. Porque ¿es decente que vaya yo allí á andar de breña en breña, de montaña en montaña, y de escondite en escondite, sin poder dormir un cuarto de hora con descanso, asi como si yo fuese un Zaragatal ó un Planademunt, ó bien un Caragolet, ó un Mosen Perrúches? No señor, esta vida no es para un hombre como yo, y mas despues de haber probado las dulzuras de los salones y de los banquetes de Lóndres. Con que lo mejor es decir á Cabrera que voy, pero tambien se lo diré; ó haré que se lo digan, al cónsul español de Perpiñan, y al prefecto y demas á quien convenga, con espresion del día y hora en que habré de pasar por allí; con esto me hago prender, con condicion de que ha de ser en territorio francés y no español, y por mal que me trate el gobierno francés, nunca será tan mal como podrian tratarme en Cataluña si me descuidára un trís. De esta manera nadie dirá que no voy, y salgo de este maldito compromiso lo mejor que se puede salir.» Y por eso digo, mi amo, que en esta ocasion debe haber obrado el hermano Montemolin con muchísimo talento.

—En verdad te digo, PELEGRIN, que no carece de ingenio tu modo de discurrir y de razonar, y no le hallo tan fuera de camino.

—Considérelo vd. bien, señor. El cónsul español lo sabia, segun dicen los partes: él fué cogido una miejirritita antes de pasar la frontera de España: Cabrera y otros carlistas han entrado y salido sin inconveniente siempre que se les ha antojado, y solo el subteniente Lirio y sus compañeros han tropezado con gente que los prenda; un hombre como Montemolin, que podia traer pasaporte de comerciante ó de otra cosa cualquiera, se arroja trayendo él y sus compañeros pasaportes de oficiales carlistas para llamar mas la atencion: los prenden, y á las primeras de cambio el subteniente Lirio confiesa que es el Conde de Montemolin. ¿No conviene vd., mi amo, en que todo esto indica que el hermano Montemolin no ha sido realmente preso, sino que él mismo se ha hecho prender?

—Tal modo tienes de presentar los argumentos, que si tú

juicio no fuese exacto, por lo menos le da al suceso cierto aire de posibilidad, ya que no sea de verosimilitud, de que pueda haber pasado así como tú lo sospechas é imaginas. De todos modos, PELEGRIN, sea que el Pretendiente se haya convencido de su impotencia y renunciado á defender por sí su mala causa, sea que su captura le haya inhabilitado y hecho fallar sus fantásticos planes, el *Lirio* este, que nunca estuvo muy lozano, podemos darle ya por enteramente marchito, y no dudo yo que su prision influirá grandemente en el pronto término de la desastrosa é injustificable guerra de Cataluña, que ya antes de esto no iba de muy buena data ni para el *Lirio* ni para las demas flores que en el campo montemolinista habian ido creciendo. Y ahora, TIRABEQUE mio, ayúdame á sentir y compadecer, y aun á llorar la desventurada suerte á que al pobre Montemolin han conducido la obstinacion suya y los malos consejos de sus amigos.

—Señor, bien quisiera llorar como vd., pero no puedo.

—Pues tienes que hacer un esfuerzo, PELEGRIN mio, porque al cabo es un príncipe español y desgraciado.

—Lo conozco, señor, pero por mas que hago....

—Acaso la fuerza del sentimiento te impedirá brotar las lágrimas.

—Eso debe ser, señor: lo siento, pero no lo puedo llorar.»

POR MINUTOS.

No hay que darle vueltas; todas las cosas de este mundo parecen fáciles despues de sabidas; pero el caso está *en la invenzione, en la invenzione*. El gobierno se ha vuelto loco (juzgando piadosamente) por buscar el medio de concluir con los facciosos del Principado, y si hubiera sabido que tan á la mano

le tenia , de seguro que no hubiera enviado allá tantos generales ni derretido tantos millones. Pero ya se ve, como el hermano Ramirez Arcas se estaba tan calladito hasta que fué á la comandancia general de Toledo, nadie podia sospechar que él tuviese la receta para acabar con los facciosos, como hay recetas para acabar con las pulgas. Generalmente los grandes descubrimientos suelen venir de donde menos se pensaba. Y ahí tienen vds. que si al cabecilla Bermudez no le da la gana de levantar una partida y pasearse con ella por la provincia de Toledo, pierde la España una invencion mas peregrina que la de la pólvora y mas útil que la del vapor. Y no se crea que el procedimiento es complicado, ni que el hermano Ramirez Arcas pide grandes ejércitos para aniquilar hasta el último faccioso de su provincia ; la cosa es mas sencilla que todo eso : bástale un reloj de bolsillo. Si señores, un reloj de bolsillo le basta.

Comienza, pues, el comandante general de la antigua ciudad de los Recaredos y los Wambas á revelarnos su descubrimiento declarando la provincia en estado de sitio , que es siempre lo primero en tales casos , con un Bando, de que á Dios y á la gramática de la lengua habrá de dar cuenta en su dia. Regaña á los pueblos, porque no se defienden *vigorosamente* , y en el art. 5.º, sin letras de oro ni otro brillante adorno ni aparato, impone á los pueblos de 200 vecinos la obligacion de tener un reloj para contar los minutos que estén los facciosos en la poblacion; pero con la coletilla de que *por cada minuto* que en ella permanezcan pagarán 400 realitos de vellon para gastos de escopeteros. Esta fervorosa manera que tiene el hermano Arcas de aprovechar y enseñar á aprovechar el tiempo, si no es enteramente nueva desde que los alquiladores de coches llevan 8 rs. por cada hora, siempre es una novedad y un progreso el haberlo puesto *por minutos* y á 400 rs.

Los pueblos estarán locos de alegría por tener una autoridad que tan ventajosa idea ha formado de la riqueza de su provincia. Al cabo y al fin no es una suma exorbitante la que se exige por el gusto de ver á los facciosos un minuto: cuanto mas que á escote no hay nada caro. Verdad es que si los facciosos no tienen prisa y les da por pasar el dia en el pueblo, les cuesta el espectáculo unos 444,000 rs. de moneda corriente. Y si fuesen tan pesados como los de Cataluña, cada año cómico les vendria á salir por la métrica cantidad de 52 millones. ¿Pero qué dinero es ese para un pueblo de 200 vecinos? Y como se han de destinar para gastos de escopeteros,

en cuanto lo sepan los ingleses nos van á llenar la costa de fusiles para llevarse en cambio los millones de la provincia de Toledo; porque ¿quién calcula los escopeteros que podremos armar? Mal harán los de las Californias en seguir espulgando arenas de oro, y no venirse á España á ser escopeteros del señor Ramirez Arcas. Si el descubrimiento del hermano Arcas se hubiera sabido al empezar la pasada guerra civil, otro seria hoy el estado de las arcas del tesoro.

Pero nunca es tarde si la dicha es buena, y lo que hace falta es que los pueblos no sean indolentes, y den cuerda á sus relojes para saber cuantos minutos dura la visita facciosa. Curiosa será la liquidacion de los minutos y de los reales, pero no lo será menos la entrada de los facciosos en los pueblos de 200 vecinos. El alcalde les dirá que se esperen hasta consultar el reloj de la villa para saber á qué hora entran, y á que venga el escribano para estender el acta, y mientras tanto siempre se pasarán algunos minutos, y se ahorrará el pueblo algunos cientos de reales. Lo que desde luego puedo asegurar, yo Fr. GERUNDIO, es que el reloj del hermano Ramirez Arcas, por bueno que sea, aunque sea un Breguet, aunque sea un French de los mas legítimos, no irá bien con ninguno de los relojes de la provincia; y que en la provincia de Toledo antes de ocho dias no va á saber nadie ni la hora que es, ni la hora en que vive. Tal descomposicion va á haber de relojes.

Por supuesto que al bando de Ramirez Arcas le sucederá lo que á todos los descubrimientos famosos, que no se sabe lo que valen hasta que se ponen en planta. El dia que los celadores de policia vayan á las casas robadas á exigir 400 reales por cada minuto que estuvieron en ellas [los ladrones, entonces se conocerá el valor y la utilidad de esa receta. La lástima será que los pueblos no sabrán apreciar esa ventaja, y serán capaces de reducir su vecindario á 199, yéndose los restantes á los montes, ó á la gefatura política á pretender plazas de escopeteros. Seria el colmo de la ingratitud. Un comandante general que en vez de convertir su provincia en un campo de batalla, se limita á pedir 400 reales por cada minuto, no merece que se le trate de ese modo; y la ciencia, y singularmente la homeopatía, deben felicitarse de que haya habido quien encuentre el procedimiento de acabar con las facciones homeopáticamente, minuto á minuto, y cien á cien reales.

Posteriormente parece que el hermano Ramirez Arcas ha

publicado una proclama rectificando la cuenta, y diciendo que donde se lee 100 rs. *por cada minuto*, debe leerse: *por cada cuarto de hora*. ¡Por vida de la equivocacion! Y en verdad que ha sido un tonto en deshacerla, porque se ha privado de un ingreso de 1400 rs. por cada cuarto de hora del dia, y al cabo el bando no por eso deja de ser igualmente humanitario y legal, por que el mas y el menos no cambian de especie.

Todavía no se sabe el premio que dará el gobierno al autor del bando, que merecia bien, no digo un premio solo, sino un premio *por cada minuto*, ó por lo menos por lo menos *cada cuarto de hora*.

ADVERTENCIA

A LOS CORRESPONSALES Y SUSCRITORES.

Circunstancias especiales, de estas que inevitablemente suelen sobrevenir en la vida privada, han ocasionado algun retraso en este número, y aun así he tenido que hacerle con precipitacion para que no dejara de salir. Previendo pues que este caso podria repetirse otras veces, y teniendo ya por otra parte que dedicarme con asiduidad á ocupaciones literarias de otro género, hé preferido, antes que faltar al público en los periodos ofrecidos y en que hasta aqui ha salido constantemente la Revista, suspender ésta en fin del presente abril, en que cumple el año de su publicacion. Lo que advierto así á los señores suscritores como á los corresponsales, para que ni los unos hagan ni los otros admitan suscripciones sino hasta fin del corriente mes, con objeto de evitar complicaciones de cuentas. Probablemente en el número inmediato diré algo mas de los motivos de esta mi gerundiana determinacion y del pensamiento que me ocupará en lo sucesivo.
